

Apresuróse por lo tanto á hacer construir en el Alle otros tres puentes, uno más arriba de Friedland y dos más abajo para acelerar el paso de sus tropas y proporcionarles también medios de retirada. Guarneció de artillería la orilla derecha por la cual llegaba y que dominaba la orilla izquierda. Después, habiendo desembarcado casi todo su ejército, lo dispuso del modo siguiente; en la llanura, en torno de Heinrichsdorf, á su derecha y á la izquierda nuestra, colocó cuatro divisiones de infantería bajo el mando del teniente general Gortschacow y la parte mejor de la caballería á las órdenes del general Uwarow. La infantería estaba formada en dos líneas; en la primera veíanse desplegados dos batallones de cada regimiento y otro batallón formado en columna cerrada tras de aquéllos, cerrando el intervalo que los separaba. En la segunda, como el campo de batalla se estrechaba á medida que se penetraba más en el codo del Alle, no había más que un batallón desplegado y dos en columna cerrada. La caballería, situada al costado y un tanto hacia adelante, flanqueaba á la infantería. A la izquierda (derecha de los franceses) dos divisiones rusas, de que formaba parte la guardia imperial, aumentadas con todos los destacamentos de cazadores, ocupaban el terreno comprendido entre el Arroyo del Molino y el Alle. Estaban formadas en dos líneas, pero muy aproximadas por la falta de espacio, y las mandaba el príncipe Bagration. Allí estaba también la caballería de la guardia, mandada por el general Kollogriow. Habíanse echado cuatro puentes volantes en el Arroyo del Molino para que entorpeciese menos las comunicaciones entre las dos alas. La décimacuarta división rusa había quedado al otro lado del Alle en el terreno que domina la orilla derecha, para reorganizar al ejército en caso de sufrir un descalabro, ó ir á decidir la victoria en caso de columbrarse el triunfo. Los rusos tenían en su frente más de doscientas bocas de fuego, sin contar las que estaban de reserva ó en batalla en la orilla derecha. El ejército, reducido después de la jornada de Heilsberg á ochenta ú ochenta y dos mil hombres, separado ahora del cuerpo de Kamenski y de varios destacamentos de caballería que habían sido enviados á Wehlaü para custodiar los puentes del Alle, podía aún presentar una fuerza que ascendía á unos setenta y cuatro ó setenta y cinco mil hombres.

Mandó adelantar el general Benningsen la masa del ejército ruso en el orden que hemos descrito, para que, saliendo del codo formado por la corriente del Alle, pudiera desplegarse, extender sus fuegos y sacar partido de la ventaja numérica que tenía al principio de la batalla.

La situación de Lannes era peligrosa, porque iba á tener que habérselas con todo el ejército ruso. Felizmente el tiempo transcurrido le había proporcionado algún refuerzo, porque acababan de llegar apresuradamente la división de caballería pesada del general Nansouty, que se componía de tres mil quinientos coraceros y carabineros, la división de Dupás, que era la primera del cuerpo de Mortier y que reunía seis mil infantes, y por último, la división de Verdier, que reunía siete mil y que era la segunda del cuerpo de Lannes, las cuales habían emprendido su marcha una después de otra. Pero de todos modos, sólo resultaban veintiséis

ó veintisiete mil hombres (1) para resistir á setenta y cinco mil. Eran las siete de la mañana, y los rusos, precedidos de una nube de cosacos que dilataban sus correrías hasta nuestra misma retaguardia, avanzaron hacia Heinrichsdorf, donde tenían ya infantería y artillería. Lannes, apreciando como era debido la importancia de aquella posición, envió á ella la brigada de granaderos de Albert, y mandó al general Grouchy que la tomase á toda costa. Éste, que acababa de ser reforzado por los coraceros, obedeció inmediatamente; y sin hacerse cargo de la dificultad lanzó contra Heinrichsdorf la brigada de dragones de Milet, mientras la brigada de Carrié rodeaba el pueblo y los coraceros iban avanzando para sostener este movimiento. La brigada de Milet cruzó por Heinrichsdorf á galope y expulsó á sablazos á los infantes rusos, mientras la brigada de Carrié, al verificar su vuelta, dispersaba ó hacía prisioneros á los que no habían podido huir. Tomamos cuatro cañones; pero en aquel momento la caballería enemiga acudió á favorecer á su infantería, arrojada de Heinrichsdorf, y cayendo sobre nuestros dragones los hizo retroceder. Cargaron á su vez contra ella los coraceros de Nansouty y la repelieron sobre la infantería rusa, que no pudo en aquella refriega hacer uso de sus disparos. De este modo nos apoderamos de Heinrichsdorf, donde se establecieron los granaderos de la brigada de Albert.

Mientras esto se verificaba, iba entrando en línea la división de Dupás; y el mariscal Mortier, que acababa de perder el caballo de una bala de cañón, en el momento de presentarse en el campo de batalla, la situó entre Heinrichsdorf y Posthenen y rompió contra los rusos un fuego de artillería que, dirigido perpendicularmente desde lo alto sobre sus masas compactas, hacía en sus filas espantosos destrozos. La llegada de la división de Dupás hacía disponibles los batallones de granaderos que en un principio se habían formado á la izquierda de Posthenen; hizo Lannes que se le acercaran, y entonces pudo oponer á los ataques de los rusos filas más compactas, ya al otro lado de Posthenen, ya al otro lado del bosque de Sortlack. El general Oudinot, que los mandaba, sacando partido de todos los accidentes del terreno, unas veces de los bosquecillos disseminados á una y otra parte, otras de los torrentes formados por las lluvias de los días anteriores, otras en fin de la misma elevación de los sembrados, disputaba el campo con tanta destreza como energía. Unas veces hacía que sus soldados se ocultasen ó apareciesen, otras los dispersaba en guerrillas ó los oponía en masas erizadas de bayonetas á todos los esfuerzos de los rusos. Sin embargo, se sostenían con tesón animados por su general aquellos valientes granaderos, á pesar de la inferioridad de su número, cuando felizmente para ellos llegó la división de Verdier. El mariscal Lannes la dividió en dos columnas movibles para poderla llevar alternativamente á la derecha, al centro, á la izquierda, á cual-

(1)	Oudinot	7.000
	Verdier.	7.000
	Caballería de Lannes.	1.200
	Dupás.	6.000
	Nansouty.	3.500
	Grouchy.	1.800
	TOTAL.	26.500

(N del A.)

quier parte donde la reclamase el peligro. Donde principalmente ardía la lucha era en la orilla del bosque de Sortlack y en el pueblo de este nombre situado en el Alle. Los rusos acabaron por apoderarse del pueblo, y los franceses de la orilla del bosque. Cuando los rusos querían penetrar en él hacia salir Lannes de improviso una brigada de la división de Verdier y los ahuyentaba á larga distancia; por último, aterrados con estas repentinamente salidas, no volvieron á acercarse, temiendo que el mismo Napoleón estuviese oculto en aquel bosque misterioso.

No pudiendo el enemigo forzar nuestra derecha entre Posthenen y Sortlack, hizo una vigorosa tentativa sobre nuestra izquierda en la llanura de Heinrichsdorf, que ofrecía menos obstáculos. Habíalos decidido la naturaleza del terreno á dirigir por aquel lado la mayor parte de su caballería, y tenían allí más de doce mil jinetes para contrarrestar á los cinco ó seis mil del general Grouchy. Empeñado éste en suplir la inferioridad del número con el acierto de las disposiciones, desplegó en la llanura una prolongada línea de coraceros, y sobre su flanco, á la espalda del pueblo de Heinrichsdorf, situó de reserva los dragones, la brigada de carabineros y la artillería ligera. Tomadas estas disposiciones, púsose al frente de la línea desplegada de sus coraceros, avanzó sobre la caballería rusa como si fuera á cargar sobre ella, y después, volviendo grupas de repente, fingió retirarse al trote á la vista de los escuadrones enemigos reunidos en masa. De este modo los atrajo en su seguimiento hasta que, saliendo de Heinrichsdorf, presentaron el flanco las tropas que estaban ocultas á la espalda del pueblo. Deteniéndose entonces y volviendo atrás, lanzó á sus coraceros contra la caballería rusa, la arremetió, la destrozó y la obligó á volver á pasar por Heinrichsdorf, desde donde cayó sobre ella una granizada de metralla, y donde los dragones y los carabineros, emboscados, acabaron de desordenarla. Pero los encuentros de caballería no son nunca tan mortíferos que no puedan renovarse: volvieron á la carga los jinetes rusos, y repitiendo cada vez la misma maniobra el general Grouchy, después de hacerlos salir de Heinrichsdorf, hacía, como hemos visto, que los arremetiesen por el flanco ó por retaguardia así que traspasaban su recinto. Después de varios combates quedó por nosotros la llanura de Heinrichsdorf, cubierta de hombres y caballos muertos, de jinetes desmontados y de bruñidas corazas.

Así, pues, la resistencia que por una parte encontraba la infantería rusa en la orilla del bosque de Sortlack, y por otra parte los ataques de flanco que sufría su caballería al salir del pueblo de Heinrichsdorf, hacían que el enemigo permaneciese al pie de nuestras posiciones sin dar un paso, pudiendo Lannes, si hubiera querido, prolongar hasta el mediodía aquella lucha de veintiséis mil hombres contra setenta y cinco mil; pero era ya tiempo de que llegara Napoleón con el resto del ejército.

Queriendo Lannes informarle de lo que pasaba, le envió casi todos sus edecanes, uno después de otro, mandándoles que llegasen adonde estaba, reventando caballos. Le encontraron dirigiéndose á galope hacia Friedland, y con el júbilo pintado en el semblante. «Hoy es el 14 de junio, repetía á todos los que encon-

tra; hoy es el aniversario de Marengo, día feliz para nosotros!» Adelantándose Napoleón á sus tropas cuanto lo permitía la velocidad de su caballo, atravesó sucesivamente las prolongadas filas de la guardia, del cuerpo de Ney y del de Bernadotte, que iban marchando hacia Posthenen. Saludó al pasar á la brillante división de Dupont, que desde Ulm hasta Braunsberg no cesó de distinguirse, aunque siempre en su ausencia, y la manifestó el placer que tendría en verla batirse.

La presencia de Napoleón en Posthenen inspiró nuevo ardimiento á sus soldados y generales. Agrupáronse en torno de él con la mayor solicitud Lannes, Mortier, Oudinot, que estaban allí desde por la mañana, y Ney que acababa de llegar en aquel momento. Salió al encuentro el valiente Oudinot con su casaca llena de balazos y su caballo todo ensangrentado, diciéndole: «Daos prisa, señor, porque mis granaderos no pueden aguantar más; pero enviadme un refuerzo, y yo echaré á todos los rusos al agua.» Girando entonces Napoleón su anteojo por aquel llano, donde acorralados los rusos contra el codo del Alle intentaban vanamente desplegarse, reconoció en breve su peligrosa situación, y la ocasión única que le ofrecía la fortuna, dominada, fuerza es reconocerlo, por su genio; porque el yerro que cometían los rusos á la sazón, podía decirse que él se lo había inspirado, repeliéndolos á la ribera opuesta del Alle y obligándoles de este modo á pasar el río á su presencia para socorrer á Koenigsberg. Estaba el día muy adelantado, y para reunir todas las tropas francesas se necesitaban muchas horas, por lo cual varios lugartenientes de Napoleón opinaban que se esperase al otro día para presentar una batalla decisiva. «No, respondió Napoleón, no es fácil sorprender dos veces al enemigo en el mismo yerro;» é inmediatamente tomó sus disposiciones de ataque, que fueron dignas de su maravillosa perspicacia.

El objeto que asignaban á la batalla todos, hasta los últimos soldados, era precipitar á los rusos en el Alle; pero faltaba saber cómo debería procederse para asegurar este resultado y hacerlo lo más fecundo que fuera posible. En el fondo mismo del codo del Alle, donde estaba el ejército ruso acorralado, había una posición decisiva que ocupar, que era la pequeña ciudad de Friedland, situada á nuestra derecha, entre el Alle y el Arroyo del Molino. Allí estaban los cuatro puentes, única retirada del ejército ruso, y Napoleón se propuso dirigir hacia ellos todos sus esfuerzos. Asignó al cuerpo de Ney la difícil y gloriosa comisión de internarse en aquel codo, de tomar á Friedland á toda costa, á pesar de la desesperada resistencia que no dejarían los rusos de oponerle, y por último, de quitarles los puentes, cortándoles por este medio toda vía de salvamento. Pero al mismo tiempo resolvió que mientras operase él decididamente por su derecha, se suspendiese toda acción por su izquierda, se llamase por aquel lado la atención del ejército ruso por medio de un combate simulado, y sólo se procediese con mayor ímpetu cuando, tomados los puentes por el otro lado, hubiese seguridad de que estrechándole se le precipitaría hacia una retirada sin salida.

Rodeado de sus lugartenientes, les explicó con la energía y precisión de lenguaje que le eran peculiares el papel que cada uno había de hacer en aquella jornada.

da. Asiendo del brazo al mariscal Ney, y señalándole á Friedland, los puentes, y los rusos acumulados á su entrada: «He allí el objeto, le dijo, marche usted hacia allí sin mirar alrededor: penetre usted en aquella masa compacta por mucho que le cueste; entre usted en Friedland, tome usted los puentes, y no se cuide de lo que pueda acontecer por la derecha ni por la izquierda ni á sus espaldas. El ejército y yo estamos aquí para socorrerle.» Enardecido Ney, y lleno de noble orgullo por el formidable encargo que se le encomendaba, arrancó á galope para disponer sus tropas más allá del bosque de Sortlack. Admirado de su marcial continente se volvió Napoleón al mariscal Mortier, y dijo: «¡Ese hombre es un león!» (1).

Hizo Napoleón escribir sus disposiciones en el campo de batalla y dictando él mismo para que todos sus generales las tuviesen bien presentes y ninguno se expusiese á desviarse de ellas. Formó, pues, el cuerpo del mariscal Ney á la derecha, de modo que Lannes pudiera presentar dos fuertes líneas con los granaderos y con la división de Verdier, establecida otra vez sobre Posthenen. Situó el cuerpo de Bernadotte (que mandaba accidentalmente Víctor) entre Ney y Lannes, un poco más allá de Posthenen, y oculto en parte por las desigualdades del terreno. Formaba á la cabeza de este cuerpo la brillante división de Dupont. Detrás de Posthenen, y en la mesa que allí se levanta, estableció Napoleón la guardia imperial, formando la infantería en tres columnas cerradas y la caballería en dos líneas. Entre Posthenen y Heinrichsdorf se hallaba el cuerpo del mariscal Mortier, apostado como por la mañana, pero más compacto, y aumentado con los fusileros jóvenes de la guardia imperial. En Heinrichsdorf habían substituído á los granaderos de la brigada de Albert, un batallón del 4.º ligero y el regimiento de la guardia municipal de París. La división polaca de Dombrowski se había reunido con la división de Dupás y defendía la artillería. Encomendó Napoleón al general Grouchy el cargo, que tan perfectamente había cumplido, de defender la llanura de Heinrichsdorf. Agregó á los dragones y á los coraceros que este general mandaba la caballería ligera de los generales Beaumont y Colbert para que le ayudasen á desembarazarse de los cosacos. Finalmente, como aún podía disponer de las dos divisiones de dragones, situó la del general Latour-Maubourg, reforzada con los coraceros holandeses, detrás del cuerpo del mariscal Ney, y detrás del cuerpo de Víctor la del general La Houssaye, reforzada por los coraceros sajones. En este orden imponente, los franceses presentaban hasta ochenta mil hombres (2). Rei-

(1) Soy deudor de estos pormenores al mismo mariscal Mortier, á quien tuve la honra de tratar, y que me los refirió repetidas veces. (N. del A.)

(2) No hay cosa más difícil que valuar con rigurosa exactitud las fuerzas de un ejército en un día de batalla. Rara vez se tienen estados auténticos, y aun es todavía más raro, cuando éstos pueden proporcionarse, que correspondan á la realidad. Mr. Derode, en un trabajo excelente que ha publicado sobre la batalla de Friedland, se ha valido de un estado sacado de la obra del general Mateo Dumás, que á pesar de haber salido del archivo de la guerra es bajo muchos aspectos inexacto. En las oficinas ministeriales de París solían formarse estados no siempre acordes con los hechos que ocurrían en el Vístula. Consérvanse en el Louvre, en el rico depósito de los papeles de Napoleón, varios cuadernos que él mismo formaba y que tenía siempre á la vista, que contenían mes por

terose á la izquierda la orden de no avanzar y de limitarse á contener á los rusos hasta que el triunfo de la derecha fuese seguro; y determinó Napoleón que para renovar el fuego se esperase la señal de una batería de veinte cañones, situada más allá de Posthenen.

mes la descripción exacta de cada uno de los cuerpos que operaban bajo sus órdenes. Las hojas de estos cuadernos estaban escritas por un lado solo, y en el reverso se apuntaban á veces con tinta roja los cambios ocurridos en el mes. En estos cuadernos es donde en nuestro concepto debe buscarse la verdad aproximativa, con la condición, sin embargo, de no tomarlos como base absoluta; antes bien, modificando sin cesar sus datos con el juicio de las circunstancias del momento. Por lo que hace al año de 1807, no he encontrado los cuadernos correspondientes á los meses de mayo, junio y julio; por lo tanto, he tenido que valerme de los de marzo y agosto, aunque el del mes de marzo es muy incompleto porque el ejército aún no había recibido á la sazón los refuerzos con que se aumentó en mayo y junio; siendo por el contrario el del mes de agosto demasiado completo, porque en esta época ya había llegado á sus destinos una parte considerable de las fuerzas que estaban de marcha durante los acontecimientos de junio. Pero aprovechando estos estados; comparándolos entre sí, y sobre todo, rectificándolos con la correspondencia de Napoleón y teniendo presente para la batalla de Friedland una nota escrita de su propio puño, en que consta la fuerza de muchos de los cuerpos que figuraron en esta batalla, se puede llegar á la siguiente valuación que juzgo muy aproximada á la verdad. Réstame añadir que para el objeto presente es muy bastante la aproximación á la verdad; porque para juzgar cualquier acontecimiento grande como el de Friedland ó el de Austerlitz, importa poco que fueran ochenta ú ochenta y dos mil los combatientes que en él figuraron. Dos ó tres mil soldados más ó menos, en nada pueden alterar el carácter del acontecimiento ni las combinaciones que lo decidieron. Si es cierto que el historiador no debe omitir diligencia alguna para llegar al conocimiento de la verdad absoluta, lo que principalmente quiere decir esto es que debe formarse de la verdad un hábito constante, para que nunca decaiga en él la inclinación á una escrupulosa certeza; pero lo importante es el carácter y no los minuciosos pormenores de las cosas.

He aquí, pues, el cuadro más verosímil de las fuerzas del ejército francés en la jornada de Friedland.

La guardia, aunque de nueve mil hombres de fuerza nominal, no tenía en sus filas ni á los marinos ni á los dragones, y de sus fusileros había perdido una parte muy notable. Reunía á lo sumo en soldados presentes. 7.500

La nota citada, escrita por el mismo Napoleón, valúa los granaderos de Oudinot presentes en	7.000
La división de Verdier en	8.000
La infantería sajona en	4.000
El 9.º de húsares en	400
Los coraceros sajones en	600
La caballería ligera sajona en	200

Reunía por consiguiente el cuerpo de Lannes. 20.000

Pero los sajones quedaban en Heilsberg, á excepción de tres batallones, que según algunas narraciones se hallaban en Friedland. La división de Verdier había sufrido en Heilsberg una pérdida considerable, y además había hecho una marcha rápida y penosa. Creo, pues, que debe valuarse el cuerpo de Lannes de este modo:

Oudinot	7.000
Verdier	6.500
Sajones	1.200
Caballería	1.200

TOTAL. 15.900

(La artillería va comprendida en las divisiones de infantería.)

Lannes. 15.900

El cuerpo de Ney era de diez y seis á diez y siete mil hombres presentes sobre las armas al entrar en campaña, como consta por una carta del mariscal Ney á Napoleón. Su pérdida entre muer-

Atónito el general ruso con aquel despliegue, y reconociendo el error en que había incurrido al creer que sólo iba á habérselas con el cuerpo del mariscal Lannes, empezó á vacilar, y su incertidumbre fué causa de que aflojara en cierto modo la acción; pues apenas da-

tos, heridos y prisioneros, en los dos combates de Guttstadt y de Deppen, no bajaba de dos mil ó dos mil quinientos. Por consiguiente, tomando en cuenta las marchas, reunía á lo sumo catorce mil hombres.

Ney.	14.000
El mariscal Mortier, según la precitada nota de Napoleón, tenía en la división de Dupás	6.400
En la división de Dombrowski	4.000
Poseía un destacamento de caballos báttavos, cuya designación es incierta en dicha nota.	1.500
TOTAL.	11.900

Sabiendo por las cartas del mariscal Lefebvre lo mucho que habían sufrido los polacos y su religiosidad hacia su bandera, no pueden atribuirse al cuerpo del mariscal Mortier más de diez mil hombres.

Mortier.	10.000
------------------	--------

El cuerpo del mariscal Bernadotte, mandado por el general Víctor, se componía en el mes de marzo, sin contar la división de dragones, de unos veintidós mil hombres presentes sobre las armas. Es verdad que fué aumentado después con nuevos alistamientos; pero tuvo que suministrar muchas avanzadas, y por consiguiente, aunque subía hasta veinticinco mil hombres, sólo debió conducir á Friedland unos veintidós mil.

Víctor.	22.000
-----------------	--------

Comprendía la caballería los coraceros del general Nansouty; pero de esta fuerza hay que quitar las pérdidas sufridas en la marcha, en Heilsberg, etc.	3.500
Los dragones del general Grouchy.	1.800
Los dragones del general La-Houssaye.	1.800
Los dragones del general Latour-Maubourg que formaban seis regimientos.	2.400
La caballería ligera de los generales Beaumont y Colbert.	2.000

TOTAL. 11.500

Resultan, por consiguiente, como total del ejército 80.900

Creo, por lo tanto, que puede decirse que el ejército francés era de unos ochenta mil hombres en la batalla de Friedland; de los cuales, como luego veremos, veinticinco mil no dispararon siquiera un tiro. Quedaba el cuerpo del mariscal Davout, que no se batió y que á la entrada en campaña era de veintinueve á treinta mil hombres, ó si se quiere, de veintiocho mil, tomando en cuenta los rezagos que quedan en todas las marchas; el mariscal Soult, que había perdido cerca de cinco mil hombres en Heilsberg, y que apenas debía tener más de veintisiete mil; y por último, Murat, que tenía unos diez mil hombres, con lo cual subía el total del ejército que operaba á la sazón:

En Friedland.	80.000
Sobre Koenigsberg, ó en marcha hacia esta ciudad.	Davout. 25.000 Soult. 27.000 Murat. 10.000

TOTAL. 145.000

Este total de ciento cuarenta y cinco mil hombres en acción corresponde perfectamente con las fuerzas que existían el 5 de junio y con las pérdidas que suponen los varios combates trabados después de este día. En efecto, valuando estas pérdidas en doce ó quince mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, destacados y rezagados, vuelve á resultar los mismos ciento sesenta mil

ban á entender de tarde en tarde las descargas de la artillería que todavía continuaba la batalla. Napoleón, por su parte, quería que todas sus tropas hubiesen entrado en línea y descansado una hora por lo menos, proveyéndose de abundantes municiones; y no urgiéndole el empezar, tenía que reprimir la impaciencia de sus generales, porque sabía que durando la luz en aquella estación y en aquellas regiones hasta las diez de la noche, había tiempo de sobra para hacer sufrir al ejército ruso el desastre que le tenía preparado. Finalmente, creyendo llegado el momento oportuno, dió la señal: rompieron el fuego á la vez las veinte piezas de la batería de Posthenen; la artillería del ejército contestó en toda su línea, y á esta señal, esperada con impaciencia, puso en movimiento el mariscal Ney todo su cuerpo de ejército.

Salió éste del bosque de Sortlack en escalones, avanzando primero por la derecha la división de Marchand, y luego por la izquierda la división de Bissón. Iban ambas precedidas por una nube de tiradores que á medida que se acercaban al enemigo se replegaban para ingresar de nuevo en las filas. Avanzamos resueltamente sobre los rusos y les quitamos el pueblo de Sortlack, disputado hasta entonces con empeño. La caballería enemiga intentó cargar á la división de Marchand; pero pasando por los huecos de nuestros batallones los dragones de Latour-Maubourg y los coraceros holandeses, cargaron á su vez contra aquella caballería, la arrollaron sobre su infantería, y repeliendo á los rusos al Alle precipitaron á muchos de ellos en el angosto y profundo cauce de aquel río. Algunos se salvaron á nado, pero muchos se ahogaron (1). Una vez apoyada su derecha en el Alle, el mariscal Ney contuvo la marcha é hizo adelantar su izquierda, formada por la división de Bissón, con objeto de acorralar á los rusos en el angosto espacio comprendido entre el Alle y el Arroyo del Molino. Al llegar á este punto redobló el fuego la artillería enemiga; además del fuego de las baterías que teníamos enfrente, había que sufrir el de las que ocupaban la ribera derecha del Alle y que no podíamos tomar por cuanto corría por medio del río. Batidas á un mismo tiempo nuestras columnas por el frente y por el flanco, soportaban esta horrorosa convergencia de fuegos con una serenidad admirable. El mariscal Ney, galopando desde un extremo á otro de la línea, mantenía con su heroico continente los alientos y el coraje de sus soldados; pero caían derribadas filas enteras, y era tal el fuego, que ni las tropas más decididas podían soportarlo largo tiempo. Viendo esto la caballería de la guardia rusa, que mandaba el general Kollogribow, arranca al

hombres de la entrada en campaña. Aunque estos números están tomados de los únicos documentos que hay dignos de fe, documentos esclarecidos y modificados por una correspondencia diaria, los consideramos como meramente aproximativos. Si hemos descendido á estos pormenores, sólo ha sido para dar una idea de la dificultad de conseguir en estas materias una exactitud rigurosa; pero lo repetimos, si el historiador debe aspirar á la verdad absoluta para no declinar jamás de su deber, la posteridad que lee lo que él escribe y que observa sus prolijos esfuerzos, bien puede satisfacerse por lo tocante á los números y á los pormenores con la verdad aproximada. Esta es la verdad que más le importa, porque es la que constituye el verdadero carácter de las cosas y de los acontecimientos. (N. del A.)

(1) Dos mil dice el mariscal Ney en su informe. (N. del A.)

galope con intento de derrotar á la infantería de la división de Bissón, que creía ir flanqueando: turbada por la vez primera esta heroica infantería, cede terreno, y dos ó tres batallones empiezan á cejar: en vano trata de retenerlos el general Bissón, que por su atlética estatura dominaba las filas de sus soldados; retíranse formando pelotones en torno de sus oficiales, y la situación llega á ser en breve gravísima.

Felizmente advirtió este principio de desorden el general Dupont, que permanecía á cierta distancia á la izquierda del cuerpo de Ney, y sin esperar la orden de marchar, pone en movimiento una división; recorre su frente recordándole las jornadas de Ulm, de Dirnstein y de Halle, y la dirige al encuentro de los rusos. Avanza esta división en actitud marcial sufriendo las descargas de aquella formidable artillería, al mismo tiempo que volviendo á la carga los dragones de Latour-Maubourg, se lanzaban sobre la caballería rusa que andaba diseminada persiguiendo á nuestros infantes, y consiguen hacerla volver grupas. Continuando la división de Dupont su movimiento en aquel terreno desembarazado y apoyando su izquierda en el Arroyo del Molino, obliga á la infantería rusa á detenerse. Su presencia llena de confianza y de júbilo á los soldados de Ney. Reorganizan los batallones de Bissón y toda nuestra línea robustecida vuelve á marchar hacia adelante. Era menester responder á la formidable artillería del enemigo, y la artillería de Ney, que era poco numerosa, apenas podía mantenerse en batalla contra la de los rusos. Manda Napoleón al general Victor que junte todas las bocas de fuego de sus divisiones y las forme en masa al frente de la tropa de Ney. Mandaba esta artillería el diestro é intrépido general Senarmont; condúcela al trote largo; júntala con la del mariscal Ney, hace que se adelante muchos centenares de pasos á nuestra infantería, y tomando un continente formidable enfrente de los rusos, rompe contra ellos un fuego tan terrible por lo certero como por el número de los cañones. Dirigiendo contra la orilla derecha una de sus baterías, inutiliza en breve las que el enemigo tenía por aquel lado; pero haciendo avanzar su línea de artillería, se acerca sucesivamente hasta llegar á tiro de metralla, y disparando sobre las masas compactas que se agolpan retrocediendo en el codo del Alle, causa en ella los más espantosos destrozos. Nuestra línea de infantería sigue este movimiento, y avanza protegida por las numerosas bocas de fuego del general Senarmont. Los rusos, cada vez más agolpados en aquel acuchilladero, se entregan á una especie de desesperación y hacen un esfuerzo para desembarazarse. Su guardia imperial, apoyada en el Arroyo del Molino y medio oculta en el barranco que sirve á este arroyo de madre, sale de aquella hondonada y marcha calando bayoneta contra la división de Dupont, situada también á lo largo del arroyo. Sin esperar ésta á la guardia rusa, avanza en derechura hacia ella, y presentándole sus bayonetas, la repele y la acorrala contra el barranco. Los rusos se desordenan, y se precipitan unos al otro lado del barranco, otros por los arrabales de Friedland. El general Dupont, con una parte de su división, atraviesa el arroyo, arrolla cuanto encuentra al paso, llega de este modo á la espalda del ala derecha de los rusos, tocando con nuestra izquierda en la llanura de Heinrichsdorf, rodea á Fried-

land y entra en el pueblo por el camino de Koenigsberg, mientras Ney, que seguía marchando hacia allí en línea recta, entra por el camino de Eylau. Empéñase una espantosa refriega en las mismas puertas de la ciudad: los rusos son atropellados en todas direcciones, penetran los franceses en las calles en su seguimiento, y los repelen hacia los puentes del Alle que enfila con sus obuses la artillería del general Senarmont que había quedado fuera. Precipítanse los rusos en los puentes para refugiarse en las filas de la décimacuarta división que el general Benningsen dejó de reserva al otro lado del Alle. Este malhadado general, lleno de dolor, acudió adonde estaba aquella división para conducirla á la orilla del río á socorrer á su ejército en tan apurado trance; no bien pasaron los puentes unos pocos restos de su ala izquierda, fueron destruídos, incendiados por los franceses y por los mismos rusos en su premura por cortarnos el paso. Ney y Dupont, después de haber llenado su cometido, se reúnen en medio de la población entregada á las llamas y se dan el parabién por aquel glorioso triunfo.

No cesó Napoleón un punto de contemplar aquel grande espectáculo, ocupando personalmente el centro de las divisiones que tenía de reserva. Mientras lo observaba atentamente, pasó una granada á la altura de las bayonetas, y un soldado bajó la cabeza por un movimiento instintivo. «Si ese granada hubiese sido para tí, le dijo entonces Napoleón sonriendo, aunque te hubieras metido cien palmos bajo tierra hubiera ido á buscarte.» Con cuyo dicho trató de acreditar la útil creencia de que el destino hiere indistintamente á valientes y á cobardes, deshonrándose inútilmente el que se esconde por huir sus golpes.

Viendo finalmente la ciudad de Friedland ocupada y los puentes del Alle destruídos, hace Napoleón avanzar su ala izquierda sobre el ala derecha del ejército ruso, privada de todo medio de retirada y con un río sin puentes á la espalda. Advierte el general Gortschakoff, que mandaba aquella ala, el peligro de que está amagado, trata de conjurar la tormenta é intenta cargar contra la línea francesa, que se dilata desde Posthenen á Heinrichsdorf, formada por el cuerpo del mariscal Lannes, por el de Mortier y por la caballería del general Grouchy. Pero Lannes con sus granaderos se mantiene firme contra los rusos. El mariscal Mortier con el 15 y los fusileros de la guardia les opone un muro de bronce: la artillería de Mortier principalmente, dirigida por el coronel Balbois y por el excelente oficial holandés Ranbriennen, causa en ellos incalculables destrozos. Finalmente, deseoso Napoleón de aprovechar el resto del día, hace avanzar toda su línea, y se ponen en movimiento á un tiempo mismo infantería, caballería y artillería.

El general Gortschakoff sabe, mientras se veía estrechado de aquel modo, que los franceses han ocupado á Friedland, quiere recobrarlo, y dirige una columna de infantería hacia las puertas de la ciudad; consigue la columna abrirse paso, y arrolla momentáneamente á los soldados de Dupont y de Ney; pero éstos á su vez rechazan á la columna rusa, y se empeña una nueva refriega dentro de aquella malhadada población entregada á las llamas y encarnizadamente disputada á la luz del incendio. Por fin, quedan los franceses dueños de la

ciudad y rechazan al cuerpo de Gortschakoff hacia aquel llano sin salida que había sido teatro de la batalla. Defiéndose la infantería enemiga con intrepidez, y antes que rendirse prefiere arrojar al Alle; sálvase una parte que tuvo la suerte de encontrar vados, la otra se ahoga en el río. Toda su artillería quedó en poder nuestro. Una columna, que era la que se hallaba más á la derecha (derecha de los rusos), huyó por el Alle abajo con el general Lambert y con parte de la caballería. Favorecían su retirada la obscuridad de la noche y el desorden inevitable de la victoria, y así logró escapar de nuestras manos.

Eran las diez y media de la noche y la victoria era completa por la izquierda y por la derecha, tanto que Napoleón no había alcanzado otra más importante en toda su gloriosa carrera. Tenía por trofeos ochenta cañones y algunos prisioneros, aunque pocos, porque los rusos habían preferido morir ahogados á rendirse; pero cubrían las dos orillas del Alle veinticinco mil hombres entre muertos, heridos y ahogados. La orilla derecha, hacia donde muchos se habían arrastrado, ofrecía un espectáculo de carnicería casi tan espantoso como el de la orilla izquierda. Las columnas de fuego que se alzaban de Friedland y de los lugares vecinos derramaban un resplandor siniestro en aquel campo, teatro de dolor para unos y de júbilo para otros. Por nuestra parte sólo teníamos que deplorar la pérdida de siete ú ocho mil hombres entre muertos y heridos. De ochenta mil franceses, veinticinco mil habían permanecido ociosos sin disparar un tiro. El ejército ruso después de aquella pérdida de veinticinco mil combatientes, privado además de una multitud de soldados que andaban perdidos, era ya incapaz de mantener el campo. Debíó Napoleón este glorioso triunfo, así á la concepción general de la campaña, como al plan mismo de la batalla. Aporado por espacio de muchos meses del Passarge para que le sirviera de base, y teniendo de este modo seguro de antemano y para cualquiera contingencia el medio de separar á los rusos de Koenigsberg, avanzando desde Guttstadt á Friedland siempre delante de ellos, les había obligado á cometer una grande imprudencia para llegar á Koenigsberg, y había merecido de la fortuna la feliz casualidad de encontrarlos en Friedland dando la espalda al río Alle. Dueño siempre de sus masas, que manejaba con habilidad extremada, había sabido, al mismo tiempo que enviaba sesenta y tantos mil hombres sobre Koenigsberg, presentar en Friedland ochenta mil, donde, como acabamos de ver, le sobraban cerca de la tercera parte para destrozar al ejército ruso.

Hizo noche Napoleón en el campo de batalla, rodeado de sus soldados, llenos de júbilo como en Austerlitz y Jena, exclamando *¡viva el emperador!*, aunque no tenían para comer más que un pedazo de pan que habían llevado en su mochila y satisfechos con el goce más noble de la victoria, que es la gloria. El ejército ruso, cortado en dos, descendía el Alle con una noche clara y serena y entregado á la desesperación á pesar de haber cumplido todos sus deberes. Por fortuna suya, Napoleón no tenía más que la mitad de su caballería, que si hubiera tenido la otra mitad y Murat á su frente, todo el cuerpo ruso que bajaba el Alle con el general Lambert hubiera sido hecho prisionero.

Fué tan rápida la marcha de los rusos, que ya al día

siguiente, 18 de junio, se hallaban sobre el Prégel en Wehlau. Ocuparon todos los puentes, y al otro día de madrugada camparon un poco más allá del Prégel, en Patersdorf, esperando para retirarse hacia el Niemen que los cuerpos destacados de los generales Kamenski y Lestocq, incapaces de defender á Koenigsberg contra el ejército francés victorioso, se les reuniesen á fin de verificar juntos su retirada.

Al día siguiente de la batalla de Friedland no perdió Napoleón un momento para sacar de su victoria todas las ventajas posibles. Después de haber recorrido el campo de batalla, según su costumbre, interesándose por la suerte de los heridos y anunciando á sus soldados las recompensas que su halagüeña fortuna le permitía prometer y dar, se dirigió hacia el Prégel, precedido de toda su caballería que iba en persecución de los rusos bajando por las dos orillas del Alle. Pero los rusos llevaban doce horas de antelación, porque había sido de todo punto imposible no conceder una sola noche de descanso á unos soldados que habían marchado toda la noche anterior para llegar al campo de batalla, y que después se habían batido todo el día desde las dos de la mañana hasta las diez de la noche. Con la ventaja, pues, de algunas horas y retirándose con la celeridad de un ejército que sólo puede encontrar su salvación en la huida, mal podíamos abrigar la esperanza de anticiparnos á los rusos en el Prégel; cuando nosotros llegamos, todos los puentes estaban ya cortados, pero se apresuró Napoleón á restablecerlos, y tomó las disposiciones necesarias para que desde el Prégel al Niemen se hiciera todo el botín que no había podido hacerse entre Friedland y Wehlau.

Mientras Napoleón estaba ocupado con el ejército ruso en Friedland, los mariscales Soult y Davout, precedidos por Murat, habían marchado sobre Koenigsberg. El primero se encontró con la retaguardia del general Lestocq, le cogió un batallón entero, y cerca ya de Koenigsberg envolvió é hizo prisionera una columna de doce á quince mil hombres que no se había retirado con tiempo de las cercanías de Braunsberg. El día 14 se presentó bajo los muros de Koenigsberg, plaza demasiado bien defendida para poderla tomar con un ataque brusco. Habiendo recibido por su parte Davout y Murat la orden de volver á Friedland para el caso de que la batalla hubiese durado más de un día, dejaron ambos al mariscal Soult para encaminarse de nuevo por la derecha hacia Wehlau. Pero habiendo recibido en el camino la nueva noticia que les participaba la victoria de Friedland y la retirada de los rusos, se encaminaron hacia Tapiau, punto del Prégel intermedio entre Koenigsberg y Wehlau. Después de reunidos los medios de pasar el río, lo verificaron para interceptar en cuanto estuviera á su alcance á las tropas rusas que iban de huida.

Con la noticia de la batalla de Friedland, los destacamentos prusianos y rusos que custodiaban á Koenigsberg no titubearon más en abandonar la plaza, la cual, por otra parte, no se hallaba en estado de sostener un sitio como el de Dantzig. Ya la corte de Prusia se había refugiado á la pequeña ciudad fronteriza de Memel, última del reino, fundada por Federico el Grande. Retiráronse, pues, los generales Lestocq y Kamenski, abandonando con los heridos y los enfermos las inmensas provisiones de los dos ejércitos reunidas en Koenigs-